

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*Nuestra Gente*

V

Cuadernos del Archivo de la Universidad **43**

Lima, 2006

## *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

### Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla  
René Ortiz Caballero  
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz  
Archivero de la Universidad

*Nuestra gente* ofrece, en sucesivas entregas, semblanzas de los miembros y de los amigos de la Pontificia Universidad Católica del Perú que contribuyen desde 1917 al ser y al quehacer institucional.

Pontificia Universidad Católica del Perú

*Nuestra gente V*

. -- Lima : PUCP. Archivo de la Universidad, 2006.

59 p. : il. , 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad; 43)

Archivo de la Universidad PUCP  
Apartado 1761 – Lima 100, Perú  
Correo electrónico: [archivo@pucp.edu.pe](mailto:archivo@pucp.edu.pe)  
Fax: (511) 626 2857

Hecho el Depósito Legal en la BNP 2006-1151

## *Presentación*

Nuestra gente somos todos nosotros, desde el Rector hasta el último conserje, los profesores, los alumnos, los exalumnos, los administrativos, los integrantes de la Biblioteca, del Archivo, del Coro, del Centro Cultural, del TUC, del CEMDUC, del Departamento Médico, de las cafeterías, todos los que trabajamos con responsabilidad y lealtad con nuestra Universidad. Algunos desde hace tiempo, otros desde hace poco, algunos desde puestos directivos, otros desde roles sencillos pero necesarios. Todos ponemos empeño en construir una comunidad académica sólida y productiva que, al mismo tiempo que procura generar conocimiento, tiene el compromiso de formar personas íntegras y profesionales competentes y por ello nos preocupamos profundamente por este escenario complejo que es nuestro querido país.

Todos contribuimos de diversas formas, y desde la función que nos toca desempeñar a la tarea de hacer realidad nuestro sueño, de una universidad comprometida y solidaria con lo que pasa a nuestro alrededor. Por eso nuestros esfuerzos se encaminan a estar al día con lo que ocurre aquí y en el mundo: los efectos de la globalización y de los modelos económicos, el avance avasallador y el apetito voraz de las trasnacionales, los efectos del TLC, la indiferencia de los gobiernos frente al calentamiento del planeta y a la contaminación irrefrenable, la guerra abusiva de Irak, los peligros del VIH, de los tsunamis y de la gripe aviar, la corrupción y la violencia a toda escala, la desintegración familiar, la falta de pudor, la basura en las comunicaciones... En fin podríamos enumerar muchos más de los riesgos por los que la humanidad, el planeta, nuestro país, las familias y nuestros jóvenes se encuentran amenazados.

Por eso también nuestros esfuerzos en la formación de los jóvenes, que han nacido en este mundo donde, a pesar de las tecnologías cada vez

más avanzadas de las comunicaciones y de la información, nos escuchamos y nos entendemos menos, nos aislamos con el teléfono móvil, la computadora y el (equipo de sonido) al extremo de parecer autistas. Nuestros esfuerzos digo, en trabajar todos juntos para construir una visión realista pero al mismo tiempo esperanzada, convencidos en que hay mucho por hacer en este país donde la pobreza y la desnutrición alcanzan niveles insospechados, donde increíblemente niños y también adultos trabajan en condición casi de esclavos, donde se producen abusos de todo tipo, donde todavía en algunos espacios, la mujer es considerada inferior al hombre.

Es este el escenario, con todos los avances de la ciencia y de la tecnología, nuestra gente, que somos todos nosotros nos movilizamos con empeño sostenido en hacer cada vez mejor las cosas. Desde hace varios años nos preocupamos en elaborar un plan estratégico que considere todas las posibilidades de nuestro quehacer universitario, donde tengamos una función específica y una tarea que desempeñar, donde cada uno trata de mejorar nuestro servicio a la juventud, que es nuestra razón de ser.

En ejecución de ese plan, trabajamos para que nuestros estudiantes tengan las mejores oportunidades académicas y físicas para estudiar: Con buenos planes de estudio, sílabos actualizados, recursos informáticos, metodologías modernas y apropiadas, bibliotecas bien surtidas, servicios médicos especializados, servicios de cafetería centrados en la nutrición, la higiene y el buen sabor, servicios administrativos que se preocupan de la comodidad y seguridad de sus usuarios, un campus con muchas flores, venados y ardillas que forman parte de nuestro entorno diario real y que contribuyen al espíritu solidario con la naturaleza. También ¿por qué no decirlo? con el mejor campus virtual universitario, que contribuye a que todos podamos ingresar y mantenernos en relación con esta sociedad del conocimiento en la que vivimos. Que nos ayuda a conectarnos a los grandes centros de investigación para estar al día de lo que sucede en ellos e incluso participar en listas de interés que nos mantienen al tanto de los avances. Algunos, los de vanguardia, posiblemente participando en equipos de investigación internacionales e interdisciplinarios.

Esto es posible gracias al liderazgo de quienes orientan la acción de la Universidad, en gran medida de los profesores que contribuyen compartiendo sus conocimientos y experiencias con los alumnos, pero también, de cantidad de personas como los "chicos de la informática" que acuden inmediatamente cuando los requerimos, de las secretarías y los secretarios que son nuestras manos y brazos, que nos ayudan también a pensar, de los jardineros que nos regalan a diario una vista hermosa, de los cocineros y mozos de las cafeterías que nos atienden en forma personalizada, de los conserjes, de la gente de la seguridad y aún de los "services" anónimos que nos proporcionan un ambiente sano y seguro para trabajar.

Nuestra gente son principalmente los alumnos, el sentido fundamental de nuestro quehacer diario, hacia quienes dirigimos nuestro mayor esfuerzo, porque nuestro principal interés es que descubran y desarrollen todas sus potencialidades, grandes, medianas o pequeñas, que desarrollen su capacidad de pensar con autonomía, crítica y constructivamente, aunque luego nos contradigan y cuestionen nuestros criterios. Que desarrollen una capacidad de responsabilidad consigo mismos y con el país al que pertenecemos, de solidaridad con los que no tuvieron la oportunidad que a ellos y a nosotros la vida nos brindó. Que reflexionen sobre el sentido de su propia vida y su misión personal y social, sobre el compromiso y la deuda que todos tenemos con la infancia y juventud de nuestro país y con las futuras generaciones, pero también sobre el futuro inmediato y a largo plazo de la sociedad y del Perú.

Si tuvimos la oportunidad negada a otros, es para que la pongamos al servicio precisamente de quienes no la tienen y no para, egoístamente, sacar el mayor provecho personal. Desde cualquier área del saber o del actuar: arquitectura, derecho, ingeniería, educación, administración, economía, antropología, arqueología, psicología, teatro, comunicaciones, filosofía, tenemos que fortalecer el enfoque del servicio a los demás y de la visión deontológica. Soy una convencida de que la educación en todos sus niveles es para la Vida, para amarla y vivirla en plenitud con autenticidad y solidaridad, procurando que otros también la vivan y tengan iguales o mejores oportunidades. Sin asustarnos de las discrepancias y la diversidad,

procurando consensos, pero combatiendo la hipocresía, la deshonestidad, la violencia abierta o solapada, el egoísmo y la indiferencia.

Espero que entre toda "nuestra gente" podamos contribuir aunque sea modestamente a comprender que en la vida necesitamos una dosis de austeridad, disciplina, responsabilidad, esfuerzo sostenido, para lograr nuestras metas. Y reconocer que entre nuestra propia gente también tenemos personas que estuvieron y están excluidas de los beneficios que algunos gozamos. Que con ellos tenemos el mismo deber de tratarlos bien, como personas, saludarlos amigablemente, preguntarles cómo se sienten, ayudarlos en lo que podamos, teniendo en cuenta que tienen los mismos derechos humanos que nosotros. Algunos de ellos tienen aspiraciones y potencialidades que los pueden llevar a ser, como hemos visto en muchas ocasiones, profesionales eficientes, fuera o dentro de nuestra propia casa de estudios, gerentes o personas de éxito en la sociedad.

En el fondo, todas estas reflexiones personales a las que me ha motivado nuestro querido Chombo, archivero de la Universidad, parte muy importante de "nuestra gente" y que tiene la callada misión de guardar la memoria de la Universidad y de nuestra gente, están vinculadas a mi profunda convicción de que finalmente lo que buscamos es el desarrollo humano sostenible por encima de todo, en un clima de afecto y solidaridad cristiana.



Elena Valdiviezo Gaínza  
Decana de la Facultad de Educación

## *Hermanos mayores*

*Yolanda Osterling H.*

Al recordar a los profesores que nos orientaron en diversas materias al inicio de los estudios profesionales, la distancia temporal nos permite concluir que fuimos y somos privilegiados. En la Universidad Católica no sólo adquirimos conocimientos, recibimos calidez humana, comunicación de valores y ahora pertenecemos a una comunidad solidaria de egresados que alienta y acompaña en el camino.

La Universidad Católica ofreció desde sus inicios a los alumnos el ambiente familiar de un segundo hogar, en el que los profesores ocupaban el lugar de hermanos mayores, las muchas anécdotas, como en una familia, constituyen un patrimonio.

Como toda institución, en su formación la Universidad Católica pasó apremios económicos pero las voluntades, los ideales y el sentido familiar de los maestros que estaban al lado del Padre Dintilhac los superaron, contribuyeron económicamente con su trabajo y hasta su propio peculio a cubrir las necesidades urgentes. Los primeros alumnos no disfrutaron de las comodidades del actual campus universitario, pero las necesidades materiales unen a las familias y eso sucedió, envolviendo a todos el espíritu de esta casa, que es permanente, que distingue y permite identificar a los alumnos y egresados de la PUCP.



Entre esos primeros profesores recuerdo al doctor Luis Barandiarán, activo participante de la vida universitaria, profesor de biología y antropología. En el 2005 conmemoramos el centenario de su nacimiento.

Tuve como muchos la suerte

de ser su alumna en 1957, primer año de estudios generales en el curso de Biología. El doctor Barandiarán, médico cirujano, catedrático en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, miembro titular de la Academia Peruana de Cirugía y Titular de la Sociedad de Gastroenterología, cirujano jefe del Hospital de Policía y Director de la Biblioteca de la Sociedad de Policía, fue desde 1937 uno de los hermanos mayores de nuestra casa de estudios.

Me detengo en su imagen, su mirada inteligente, vivaz, de observador acucioso, como todo investigador, siempre alegre, siempre joven, a la par de los alumnos. Las clases de biología resultaban fascinantes, un tema preferido del maestro era la genética, al plantear sus posibilidades manifestaba su absoluta convicción de la importancia futura de las investigaciones en este campo; en esos años todo esto nos parecía de ficción científica, relatos amenos, fascinantes. Actualmente podemos comprobar que eran asuntos reales y el doctor Barandiarán por sus informaciones científicas e investigaciones sólo se adelantó al tiempo. Qué grato e instructivo sería tratar con él ahora estas materias. En la vida de patio preguntábamos al profesor sobre asuntos tratados en las clases; afile como hermano mayor, ejercitando el método socrático nos conducía a encontrar las respuestas nosotros mismos.

En 1938 se estableció el Departamento Médico de la Universidad Católica. El primer director fue el doctor Alberto Hurtado y luego se hizo cargo el doctor Barandiarán, quien durante muchos años puso a disposición de la comunidad universitaria su consultorio del jirón Carabaya, involucrando en la tarea a sus hijos. Marcela Barandiarán Kruger, su hija mayor, relata una anécdota divertida: cuando ella tenía nueve años era la asistente administrativa del consultorio y luego asistía a la universidad acompañando a su padre a las clases. A la edad apropiada fue alumna de la universidad y entonces su padre colaboraba con ella en las actividades estudiantiles extracurriculares. Su hijo médico, Luis Alberto Barandiarán Kruger, compartiría en el consultorio el trabajo de examinar a los postulantes a la Universidad, su hija Rosario frecuentaba la Universidad y de ello derivaría su matrimonio con el profesor doctor César Pacheco Vélez,



su hija Estela fue alumna distinguida en la Facultad de Letras y Educación, y luego continuó su relación laborando en la Universidad.

Esta actitud del doctor Barandiarán de vincular a sus hijos desde pequeños con esta casa de estudios era posible por su ambiente familiar en que la presencia de estos “hermanos mayores” cuidaba y guiaba la razón, las conductas humanas, para formar profesionales valiosos honestos y solidarios. Agradecer lo recibido sólo es posible ahora recordando e imitando esos comportamientos que se pueden resumir como lecciones de vida.

## *Enrique Carrión Ordóñez*

*Rosa Carrasco Ligarda*

Es para mí un honor dirigir estas palabras, hoy 31 de marzo de 2005, a nombre de la **Sociedad Peruana de Estudios Léxicos (Spelex)**, en este acto en el que tenemos el honor de incorporar al doctor Enrique Carrión Ordóñez como Socio Honorario, decisión que ha sido considerada por nosotros con el mayor beneplácito, en reconocimiento a su calidad profesional y a los méritos que ha alcanzado gracias a su labor indismayable en la investigación acuciosa y lúcida sobre la lengua en nuestro país. Sus merecimientos, difíciles de reseñar, y la tolerancia de la respetable audiencia pasarán por alto las omisiones de mis palabras.

El doctor Carrión ha desarrollado una importante actividad docente en diversas instituciones de formación profesional y en las universidades en las que trabajó ha influido en generaciones de estudiantes a quienes ha guiado hacia el desarrollo de un pensamiento reflexivo y crítico, y ha orientado investigaciones en las asignaturas a su cargo y tesis de bachillerato, licenciatura y doctorado. Gracias a su inteligencia viva, a su erudición filológica, histórica y lingüística, muchos estudiantes han hallado cauces para conducir sus trabajos. Ese aporte es resultado de una formación dinámica que se ha ido enriqueciendo en toda una trayectoria de vida, desde sus años iniciales en el colegio de la Recoleta donde siempre destacó entre los mejores, posición que se mantuvo durante su trayectoria universitaria en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Esa trayectoria concluyó con notables investigaciones. El doctor Carrión obtuvo el grado académico de Bachiller en Humanidades en 1964 mediante la sustentación de la tesis *Pereira y el Perú*, y en 1980 le fue concedido el grado de Doctor en Literatura por la tesis *La lengua en un texto de la Ilustración*. Más adelante, cursó estudios de Filología Románica en la Universidad Literaria de Granada, España, entre 1960 y 1962; como también de Literatura Portuguesa en la Universidad de Coimbra, Portugal.

El doctor Carrión inició su labor docente en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1956, donde ejerció el cargo de coordinador de la Maestría en Lengua y Literatura Hispánicas de la Escuela de Graduados, también fue director de la Revista de la Universidad Católica. Asimismo, se desempeñó como docente en diversas universidades e instituciones educativas superiores peruanas y ha sido profesor principal del Departamento de Lingüística de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. También tuvo a su cargo, por convenio con Augsburg Universität, la dirección de la investigación para el Diccionario de Peruanismos. Ha sido profesor visitante en: Université de Bordeaux, Francia; University of Chapel Hill, Estados Unidos; Augsburg Universität, Alemania; y Université Française du Pacifique, Papeete, Tahiti.

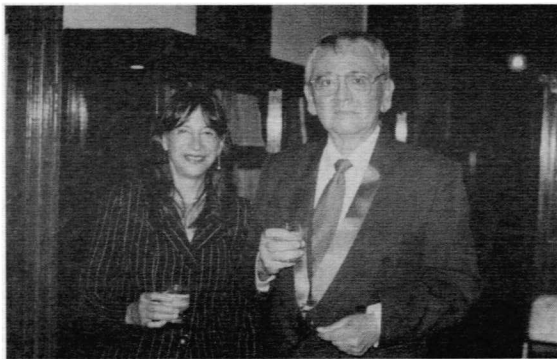
La investigación y la lectura constante forman parte del quehacer cotidiano de Enrique Carrión y se desarrolla aún más a través de la producción de artículos y otros documentos, en los cuales se evidencia una cualidad deseada, pero no siempre cultivada en nuestro país: el rigor. Es la investigación rigurosa, exhaustiva donde las ideas discurren con lucidez y sistematización. Abre una compuerta para reflexionar, a la luz de la inteligencia, sobre nuevas propuestas que permitan comprender con una actitud alerta los principios en los que se funda la praxis verbal. Estudio que implica un dominio filológico, lexicográfico, histórico, sociológico.

Numerosos artículos del doctor Carrión fueron publicados en diversas revistas y boletines. Su interés por los cauces de la lengua en nuestro país se evidencia en esos trabajos y en conferencias y congresos realizados en instituciones dedicadas al impulso de la cultura: el Instituto Riva-Agüero, la Casa Museo Ricardo Palma, la Academia Peruana de la Lengua, universidades y otras instituciones. Entre algunos títulos que destacan y han sido editados se encuentran: *El español en la región andina*, formado por una serie de estudios sobre el léxico peruano en entregas que fueron publicadas en *Lexis*. Otros artículos como *Los neologismos y americanismos de Ricardo Palma*, *Hispanismos en el jacaru*, *Amado Alonso y el español de América del nuevo mundo*, entre otros, fueron publicados por el

## Boletín de la Academia Peruana de la Lengua.

Un sueño del doctor Carrión fue producir un Corominas, es decir un diccionario exhaustivo del castellano del Perú, tarea titánica que inició con entregas en *Lexis*. Esos artículos en los que estudia términos como 'soroche' son un modelo de precisión, fundamentación teórica y sistematización. Analiza todos los niveles de la palabra: el empleo del término en su acepción como mineral, para el efecto, establece la cronología documentada del término en ordenanzas, crónicas y otros registros desde 1569 hasta 1970; luego aborda la acepción referida al malestar fisiológico desde su primer registro por el Inca Garcilaso de la Vega hasta 1947; además, otro empleo como rubor, color, desde 1875 hasta 1942; y su significado como color plomizo registrado en 1950 en Salta y en 1969 por Martha Hildebrandt; finalmente presenta las variantes del término, para concluir con un cuadro sintético de acepciones. Uno de los grandes aportes es que además de registrar las variantes empleadas en el Perú, también recoge las que se registran en otras zonas en América hispana.

Ese trabajo resulta no sólo meritorio, marca la orientación de los



estudios sobre léxico en nuestro país. Spellex recibe ese legado con gran respeto. Nacimos con el sueño de contribuir al desarrollo de los estudios léxicos en nuestro país. Quienes nos precedieron en esta tarea, como el doctor Carrión, han abierto

brecha. Tenemos la firme resolución de seguirla, superando cualquier contingencia, por lo cual nos hemos trazado la meta de trabajar indismayablemente y de crecer. Para el efecto, un nuevo grupo de integrantes se ha incorporado en nuestra Sociedad. La tarea es ardua y tal vez nuestros méritos no logren equipararse con

los del maestro, pero nos convoca su ejemplo.

Como los objetivos actuales de nuestra institución son recoger el léxico peruano registrado en documentos de los siglos XVI al XVIII y en obras literarias de los siglos XIX al XXI, seguimos la impronta marcada por el *Diccionario de autoridades* publicado en 1626, después de trece años de constituida la Academia, cuyo mayor aporte consistió en justificar la veracidad de los hechos lingüísticos, autorizándolos con citas textuales de las obras literarias más importantes, como señala Julio Casares.

En nuestro medio existen algunas investigaciones lexicográficas y léxicas, pero todo lo realizado es una aproximación aún incipiente a un espacio que merece ser estudiado con mayor prolijidad. Evaluación manifestada por algunos investigadores, como el doctor Carrión, quien en su obra más importante: *La lengua en un texto de la Ilustración: Edición y estudio filológico de la Noticia de Arequipa de Antonio Pereira y Ruiz* señala: "La dificultad mayor que hemos encontrado reside en la comprobación de graves vacíos bibliográficos sobre el español de comienzos del XIX en general, y particularmente en la región estudiada". Y en otra observación: "Las escasas investigaciones que enfrentan conjuntos sincrónicos de términos de la Ilustración y postulan alguna organicidad, sólo aparecen después de mediado nuestro siglo. Mientras no mejore esa situación debemos contentarnos con los registros léxicos elaborados en aquella época". Estas palabras claman aproximaciones al estudio de nuestro léxico.

Justamente, esta investigación constituye un modelo de aproximación metodológica al estudio de los niveles intrínsecos y extrínsecos de un documento que va más allá de un estudio del texto materia de investigación. Esa investigación se enriquece con un estudio exhaustivo de cada uno de los temas abordados dentro de un enfoque holístico y multidisciplinario; pasa del plano lingüístico al filológico, histórico y sociológico desde una mirada diacrónica. En particular destaca un profundo y sustantivo estudio lexicográfico y lexicológico en el apartado que lleva por título *Vocabulario etimológico*. El cuidadoso estudio de cada palabra se

documenta con nuevas aportaciones de minuciosas referencias presentadas con un dominio bibliográfico, lo cual permite precisar sus registros y su evolución a lo largo de la historia peruana, y de diversos ámbitos en la América hispana; se presenta la filiación de los términos de origen latino, del habla culta, usual, local, quechua y su etimología, la zona de su empleo y el nivel de uso, con observaciones sobre su evolución y comentarios críticos personales.

La investigación de *La lengua en un texto de la Ilustración* se sustenta en un consistente apoyo teórico con la aplicación de los aportes lingüísticos más consistentes. Todo lo reseñado destaca los méritos de un texto que se convierte en paradigma y fuente de consulta esencial para nuevos trabajos. Resulta admirable que el esfuerzo de una sola persona haya sido capaz de lograr ese resultado.

Como el hombre es propulsor de la cultura, la impronta marcada por usted, señor doctor Enrique Carrión Ordóñez, su prolífica actividad intelectual y su invalorable aporte a la cultura peruana abren una estela luminosa. Queremos expresarle como peruanos, nuestra gratitud por su aporte, porque valoramos la magnitud de su esfuerzo y su invalorable entrega a la investigación. Todo lo que he expresado tal vez refleje pálidamente sus méritos, es por ello que Spelex no sólo se fortalece con su presencia, también se plantea el reto de seguir sus huellas y las de aquellos investigadores que nos precedieron. Por esto, deseamos rendirle homenaje y expresarle nuestra profunda admiración al incorporarlo en Spelex como Socio Honorario, porque su presencia nos ilumina y su ejemplo nos alienta.

## *La vida ejemplar de Pool Cuadros Gonzales*

*María Dolores Velasco Carrionero*

Pool Cuadros nace el 2 de setiembre de 1979 y muere el 10 de febrero del 2003 en la ciudad de Lima. Fue el segundo de cinco hermanos: dos mujeres y tres hombres. Procedía de una familia humilde; su papá, el señor Willy Cuadros, trabaja durante muchos años como presidente en el mercado de frutas de San Luis. Su mamá, la señora Aguida Gonzales, se dedica a las labores de casa, muy pendiente siempre de la buena educación de sus hijos, por lo que vela continuamente por ésta.

En el año 1998 Pool Cuadros apareció por el CAPU preguntando si allí bautizaban. Fui yo la persona entrevistada. Vi su aspecto un tanto extraño para pedir bautismo: pelo largo... pero rápidamente me di cuenta del gran corazón que tenía ese joven y sentí que de verdad buscaba bautizarse porque él quería conocer la verdad. Le puse en contacto con la responsable de la confirmación y se inscribió para prepararse al bautizo, primera comunión y confirmación. Hizo una excelente preparación y con mucho interés. El Señor le tocó el corazón.

Pool estudiaba Ingeniería Electrónica, estaba entre el 5° y el 6° ciclo. Era empeñoso y trabajador.

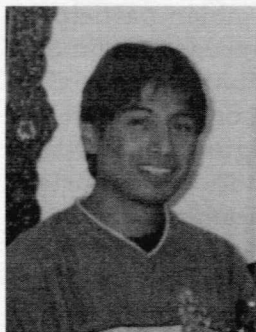
Después de confirmarse se quedó como catequista un año. Al año siguiente llevaba grupos de perseverancia y también participaba de las misiones. Estas le cambiaron la vida, se entregó totalmente a las misiones de Manchay, siempre estaba ahí para ayudar y colaborar en lo que se le mandara. Siempre disponible, alegre, no hacía problema de nada, él ponía paz frente a algunas dificultades o conflictos. Se llevaba bien con todo el mundo, no le gustaba hablar mal de nadie, quería que todos nos lleváramos muy bien y que estuviéramos unidos.

No solo estaba disponible para los hombres, sino que también lo

estaba para hacer la voluntad de Dios en todo momento. Esto lo puedo constatar en algunos detalles de su vida que ahora voy a narrar. Se enamoró de una catequista la cual tenía inquietud vocacional, él vino indignado a mí (yo dirigía a la catequista) diciéndome que no podía ser, que era su enamorada, que no podía ser que Dios la llamara. Le hice ver que Dios llama a quien quiere y como quiera, y que no es impedimento para la vocación tener enamorado porque solo hay que “dejarlo” para seguir a Jesucristo. Al rato de estar hablando me dijo. “Con Jesucristo no puedo competir, está bien, le diré adiós”. No se quedó en palabras, lo dijo y lo hizo. Un gran hombre de Dios.

En el 2001 le diagnosticaron leucemia, lo primero que hizo al conocer la noticia fue ir a la Capilla del CAPU y ofrecerse al Señor para que en todo se haga su voluntad. Él me comentó que una vez de niño, cuando tendría 11 ó 12 años, uno de sus hermanitos tenía una grave enfermedad y él escuchó que se podría morir, en ese instante Pool se ofreció a Dios por su hermanito. Él siempre recordaba este ofrecimiento y cuando se le agravaba la enfermedad, me decía creo que el Señor escuchó mi ofrecimiento. Si yo me muero, quiero que mi hermano se bautice, también mi sobrina y mi hermana, y que se casen mis papás. (Todo se cumplió después de su partida tal y como él lo había pedido y deseado).

Su enfermedad se prolongó un año y tres meses. Soy testigo de cómo abrazó la enfermedad con resignación, paciencia y alegría. Nunca se quejaba, siempre sonreía y estaba pendiente de todas las actividades que realizábamos en el CAPU, para pedir por ellas y que fuesen muchos los jóvenes que se encontraran con Cristo como le ocurrió a él.



Recuerdo la Vigilia de la Inmaculada del 2001 en la que intervino mediante una grabación, su testimonio en el canal 19 “Horizontes”, así como en el Encuentro de Oración del 24 de noviembre sobre las razones para vivir, en este último nos dio sobradas razones para vivir, abriéndonos su corazón a los tesoros de su enfermedad: desprenderse de su ego,



el negarse a sí mismo, vivir el amor misericordioso de Jesús, la caridad hacia los demás... En Pool siempre encontrábamos su sonrisa esperanzadora, siempre su sencillez cautivadora... no claudicó ante el dolor, se aferró al Señor y a la Virgen junto con San José. Se hizo muy amigo y seguidor de las consignas de Santa Teresita del Niño Jesús teniendo como lemas: "Amar, sufrir y siempre sonreír" y "quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra".

En su entierro, al despedirnos de los restos mortales del amigo entrañable, estábamos gran número de catequistas, misioneros, participantes de los grupos de perseverancia, del coro... a todos nos embargaba gran paz y consuelo teniendo la seguridad de que Pool estaba en la presencia del Padre en el cara a cara eterno.

Su gran preocupación era la UNIÓN entre todos, que no haya divisiones, críticas, aceptemos a todos y saquemos lo mejor de cada uno. Se ofrecía por todos, de manera especial por los sacerdotes, el cardenal Juan Luis Cipriani, por la Universidad Católica, por su familia.

Tres días antes de su muerte, él ya la presentía, fue a mi casa a despedirse, así me manifestó: "Loly, mi cuerpo ya no da, estoy en el final, ya me voy, ha llegado mi hora..." me dijo cosas tan entrañables que jamás olvidaré. Realmente era una despedida... pasamos largo tiempo hablando del cielo, de cómo sería el encuentro con Jesucristo, con la Virgen... Hasta yo le bromeaba sobre lo que deseaba le dijera a Jesús de mi parte... él se reía y me decía que sí, que todos esos encargos se los llevaba al cielo, no me olvidé para nada de la Universidad Católica y de forma especial por los jóvenes.

Me agradeció por todo, sobre todo por haber encontrado la fe en el CAPU, y me recordó cuando yo le dije que tenía que dejar a su enamorada porque ésta tenía vocación. Sus palabras fueron: "¡Qué contento me voy de haber tomado la decisión de dejar a "X" y ver que ahora es rabiosamente feliz siendo consagrada, siguiendo a Jesucristo de una manera radical, siendo su esposa, me alegra muchísimo saber que sigue feliz en su camino, díselo de mi parte!"

Me es muy difícil narrar cosas tan de cielo que me dijo... ERA UN SANTO... me hablaba con un lenguaje de santo. Lo percibí durante la hora y media que hablé por última vez con él. Ya en la puerta de mi casa, estaba el taxi esperando, nos dimos un fuerte abrazo y le dije: "Pool hasta el cielo".

Pool vivió el desafío de Juan Pablo II: "Jóvenes, sean los centinelas de la mañana: los SANTOS del nuevo milenio".

Me despido diciéndole a Pool ¡ENHORABUENA! Llegaste a la meta, qué bien, hiciste la voluntad de Dios, dejaste ejemplo y olor de santidad para todos los que quedamos en la Universidad. Tú tan amante de la Virgen, que la sentiste tan madre y protectora, te llevó precisamente en el día de la Virgen de Lourdes, 11 de febrero, y Ella te ha recibido en su fiesta con los brazos abiertos. Ayúdanos a conseguir morada celestial para todos.

## *A ver, doctorcitos*

*Oswaldo Gavidia Cannon*

Decían que Ricardo Durand Flórez se bastaba solo para caminar por cualquier barrio del Callao y que nunca necesitó de guardaespaldas para llamar la atención a los “cacos” o “presiosos” del puerto. Incluso, tomaba él mismo el auto y se aventuraba a visitar, como era su responsabilidad, las diferentes parroquias de su diócesis. En algunas de estas ocasiones, cuando la naturaleza de la visita requería la lectura del informe anual de los grupos parroquiales, alentaba la pronta y continua lectura de los más jóvenes con la frase: “a ver, doctorcito”. Era sencillo, a veces parecía algo chabacano; pero nunca le faltó valentía para sacar la cara por Cristo y su Evangelio. De allí el que algunos llamaran “el cura Durán” a este obispo viril y directo, que nunca tuvo falsos remilgos ni necesitó de excesos para que el pueblo viera en él su autoridad. Podía estar hablando con alguien y, casi al mismo tiempo, dar instrucciones a su secretaria por teléfono; pero nunca dejaba de atender a su feligresía. Es verdad que daba la apariencia de estar en muchas cosas a la vez; pero con el pasar del tiempo nos fuimos dando cuenta de que su presencia era en todo ello necesaria.

En nuestra casa de estudios, fue profesor de los cursos Religión I y Religión II de 1951 a 1954, años en que la antigua Facultad de Letras tenía su sede en la Plaza Francia. Viene a mi mente una anécdota comentada un día por quien en su momento fuera su alumna en uno de los mencionados cursos. Al inicio de una clase sobre el tema del honor, el entonces padre Durand refirió que, como acostumbraba, había salido temprano de la iglesia de San Pedro para dirigirse a la Plaza Francia. Habiendo cruzado la Plaza San Martín y antes de tomar el jirón Quilca, observó que en el teatro Colón se había colocado un enorme aviso en el que una empresa de espectáculos anunciaba que tenía el honor de presentar a una bailarina, que aparecía prácticamente desnuda. Con una gracia criolla que le era propia, continuó su recuento señalando algo así como: “¡Qué honor puede haber en presentar a una desnuda, habrá

otros sentimientos o emociones, pero honor...!" En esos momentos, ya había captado el interés de los alumnos para tratar el tema de clase.

En otra ocasión, durante el sermón de una misa en la capilla de la Universidad que había incluido la lectura del Génesis sobre la creación, monseñor Durand había con gracia y firmeza criticado parte de la teoría de las especies de Darwin sosteniendo, entre otros puntos, que "allá él si quería ser creado a imagen y semejanza de unos monos y no de Dios". El auditorio, en su mayoría femenino, estaba de acuerdo con el contenido de la prédica; sin embargo, no pudo más que sonreír al observar que quien presidía la celebración no dejaba de tener algún aspecto simiesco.

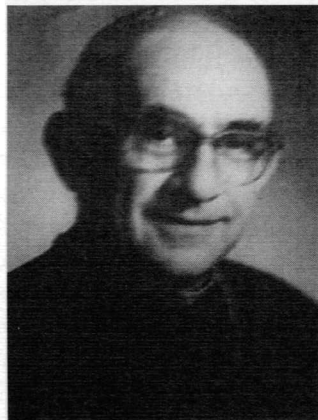
También participó de nuestra vida universitaria cuando, en su calidad de Arzobispo-Obispo del Callao, fue designado representante accesitario del Episcopado Peruano ante la Asamblea Universitaria, función que cumplió por varios años. Aunque es poca la información encontrada sobre su participación como asambleísta, se comentó que en una reunión sostenida entre los representantes del Episcopado y otras autoridades de la PUCP, monseñor Durand había manifestado su preocupación por el deseo existente en algunos miembros de la Universidad de desconocer la vinculación de nuestra casa de estudios con la Iglesia.

Concedor de la importancia de educar y transmitir principios de una manera amena con personajes que colaboren a integrar la variada composición de nuestra patria, compartió e impulsó la idea de fundar una revista de historietas especialmente destinada a los estudiantes de colegios. Así, nace *Avanzada* en 1953 como una revista de las hoy llamadas Obras Misionales Pontificias. En este sentido, se atribuye a monseñor Durand no solo la idea de la creación de *Avanzada*, sino también la de los tres personajes juveniles que representaban unidos a las tres regiones del Perú (se llamarían Coco, Vicuñín y Tacachito) en entretenidas historias y que, en una siguiente etapa creativa, fueron plasmados en el papel por calificados caricaturistas. Desde su fundación hasta su desaparición en 1967, fue una revista exitosa –leída por un público que no se limi-

taba a los escolares— y en la que con calidad se cumplía el propósito para el que fue creada. Convendría retomar la iniciativa de monseñor Durand.

Quienes hemos sido educados y educamos en la hoy Pontificia Universidad Católica del Perú somos conscientes de que, en alguna circunstancia y ya sin la sola relación de profesores y alumnos, volveremos a encontrarnos con nuestros ex estudiantes. Así, entre esas curiosidades, correspondió a Ricardo Durand recibir de quien fuera su alumno muchos años atrás y, en esos momentos, alto funcionario del Estado peruano, su nombramiento como Arzobispo del Cuzco en 1966. No compartían una idéntica visión sobre cómo dar solución a los problemas del Perú; pero no estaba ausente ni el respeto ni el diálogo en estos dos amenos criollos. Tiempo después del nombramiento, les tocaría discutir sobre temas de política poblacional de nuestra patria desde posiciones distintas.

En 1975, por problemas de salud, Ricardo Durand dejó el cargo de Arzobispo del Cuzco y asumió la conducción de la recientemente creada Diócesis del Callao. En 1966, el Callao había sufrido la pérdida de su Iglesia Matriz y monseñor Durand, dada la inexistencia de una casa para el obispo, vivió durante mucho tiempo en una habitación de la parroquia San José de Bellavista cuyo único lujo era tener baño propio y teléfono. Del techo colgaba un foco sin pantalla y, desde la parte de la habitación donde se le había habilitado una salita, se observaban unas usadas maletas de viaje y libros. Vivió en la austeridad del jesuita verdadero y fue un ejemplo del obispo amado por el pueblo. A diferencia de otras autoridades civiles, educativas o eclesiásticas que deben esforzarse para captar la atención, en su caso era su propia personalidad la que atraía a los medios de comunicación. En una oportunidad, habían cortado sus palabras en la edición de un noticiero,



por lo que él, en una siguiente entrevista, pidió con gracia al periodismo que, por favor, esa vez no dejaran de pasar el mensaje completo. Asimismo, era famoso porque no siempre, dado el tono de su voz y la algo deficiente transmisión de los megáfonos que entonces se empleaban, se le entendían todas las palabras que decía. Se contaba que cuando aparecía en televisión en el momento destinado a las meditaciones (la medianoche), se emocionaba y, al final, no le alcanzaba el tiempo para poner orden a su mensaje; sin embargo, lo central de él ya lo podíamos haber comprendido.

En otra oportunidad, esta vez en la prensa, defendió con sus acostumbradas agudeza y franqueza su derecho –y el de todo cristiano– de protestar por la vejación de la figura de Jesús en una película. Ricardo Durand lo expresó de una manera muy simple y criolla, que me permito parafrasear: ¿no tendrían acaso los marinos y los militares derecho de protestar si se hiciese una película que presentase a Miguel Grau y a Francisco Bolognesi en una casa de citas o en comportamientos indignos?, ¿no protestaríamos los peruanos? Esa comparación, aplicable a múltiples situaciones y personas, permanece válida. Asimismo, cuando en la televisión un periodista lo cuestionó sobre su rechazo a una película por la forma en que presentaba la figura de María, el entonces Arzobispo-Obispo del Callao respondió directamente y con ironía al entrevistador preguntándole si le gustaría que le hablasen mal de su madre.

En la labor de este obispo siempre estuvo presente el servicio a los más necesitados, convicción que lo llevó a fundar e impulsar diversas obras de promoción social. Estas no se limitaron a brindar apoyo en la alimentación, sino que se extendieron a ofrecer posibilidades de educar para el trabajo. Las Obras Misionales Pontificias, Caritas Perú, la Cruz Blanca con su Marcha de los Reales en los cines y sus múltiples actividades, los Centros de Promoción y Comedores Pablo VI, la Asociación Familia y Hogar, el Instituto Pedagógico Pablo VI (originalmente en Bellavista) y el Centro Educativo Ocupacional Virgen del Carmen constituyen claro testimonio de su preocupación por mejorar el nivel de vida de la población. Fue por esto que a sus meditaciones, críticas y

actos en torno a la teología de la liberación de tendencia marxista no se le podía reprochar ni una falta de reflexión sobre el problema de la pobreza en el Perú ni mucho menos una falta de acción concreta, tampoco ausencia de valentía ni convencimiento de su rol como obispo: expresó su posición, como era su costumbre, abiertamente y con franqueza cuando, a decir de un miembro de la PUCP, constituía prácticamente una "blasfemia" hacerlo. Sin embargo, esto no debe llevarnos a concluir que se dejaba manipular por el otro extremo, pues bien precisó en libros, cartas y entrevistas que la llamada de atención a las teologías de la liberación marxistas no debía interpretarse como una aprobación al mantenimiento de situaciones de miseria ni a dar pábulo a quienes pretendían escudarse en la Iglesia o en las Escrituras para su egoísmo. Su lucidez desde el Magisterio no agradó a varios, incluso a algunos miembros de nuestra comunidad.

Ricardo Durand Flórez, miembro de una distinguida familia huanuqueña y nombrado con justicia obispo emérito del Callao, se encontró con el Padre el 19 de marzo del 2004 luego de una prolongada enfermedad; el 16 de abril hubiese cumplido ochenta y siete años. Sus exequias se realizaron en la Parroquia de Fátima, donde como jesuita pasó los últimos años de su vida, y en la ex Iglesia Matriz y actual Catedral del Callao, cuyo pueblo debe mucho a este pastor. Siguiendo la costumbre de acercarse al féretro, una multitud quiso dar su despedida a quien, sin resentimiento y por amor a Cristo, había trabajado por su pueblo.

Quisiera compartir unos últimos recuerdos.

Antes de la primera venida de Su Santidad Juan Pablo II a nuestra patria, la Diócesis del Callao con sus limitaciones económicas organizó unas charlas y misiones preparativas. Monseñor Durand se dio tiempo para visitar más de una de las sedes en que dichas actividades se realizaban. Apoyaba la formación de grupos parroquiales y fue, durante su gobierno de la Diócesis del Callao, que ello se incentivó, procurando la integración de estos en jornadas diocesanas. Terminada una misa del Congreso Eucarístico-Mariano de los Países Bolivarianos celebrado en Lima, apareció casi

inmediatamente monseñor Durand, aún revestido con el alba, a agradecer al pueblo chalaco que, a pesar del frío clima, había acudido. En otra ocasión, en la que desde la primera casa de retiro del Callao -Betania- enviaba a los misioneros, luego de felicitarlos y alentarlos a llevar el mensaje de Cristo, les pidió que, por favor, no se pelearan con la gente. No le era ajena la experiencia de las riñas por la fe que más de un novel catequista había sostenido, experiencia que, sabemos y nos entusiasma, se repite. Sin embargo, en este momento vienen más a mi memoria las palabras que, cuando se celebraba en el estadio Telmo Carbajo del Callao la consagración del pueblo chalaco a la Virgen del Carmen, dijo luego de una petición que sobre él hiciera un feligrés: "encomiéndenme a Dios". Eso es, recordado monseñor Durand, lo que nosotros, desde aquí, le pedimos lleve usted a cabo desde la merecida gloria que Dios le ha concedido: encomiéndenos a Dios.



**Ronald Escobedo Mansilla**  
***El arequipeño que presidió la Asociación Española  
de Americanistas***

*José Antonio Benito Rodríguez*

Destacado egresado de la PUCP, un inexorable cáncer, nos lo arrebató en el 2000. Era catedrático de la Universidad del País Vasco, arequipeño de nacimiento (6 de agosto de 1945) y de corazón (a los 7 años marchó a Lima), y hasta el 19 de junio del año en que falleció vivía en Pamplona (Navarra, la tierra de los sanfermines) con su esposa María Victoria Romero, destacada lingüista, y sus cinco hijos.

Desde su cátedra de Historia de América en la Universidad del País Vasco dirigió cuatro proyectos de investigación entre 1983 y 1998 de largo alcance: La Historia de la Real Hacienda del Perú, La Fiscalidad americana, la Historia de la emigración y presencias de Euskal-Herría en América (siglos XVI-XIX) y la Participación vasca en la independencia de las Antillas españolas (1868-1898): ejército, política y economía. Más allá de los diferentes cursos de Historia de América General, el País Vasco y América, tendencias historiográficas, cursos de doctorado, del más alto nivel científico, cabe destacar –como resalta Ana Zaballa quien trabajó codo a codo con él durante 13 años– *su perfil humano, de hombre abierto, sereno, con un constante buen humor, que transmitía optimismo y que logró crear un ambiente de trabajo cordial y amable, de colaboración, en el que se fraguó una fuerte amistad*. Tuve la suerte de que me honrase como miembro del Tribunal de mi tesis doctoral sobre *La Bula de Cruzada en Indias* y nunca olvidaré su crítica, la más dura pero la más certera. No hay que perder de vista su excelente capítulo “La economía de la Iglesia americana” en la ya clásica obra de P. Borges. *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas* (BAC Madrid 1992 I, 99-133).

Como presidente de la Asociación de los más de 300 americanistas españoles (magnífico ejemplo de apertura, pues era el único no español



y fue elegido democráticamente por todos) coordinó la edición de las actas del VI Congreso, ocupándose él mismo de “Los vascos en América” en 1994, evento en el que el popular historiador mistiano, doctor Eusebio Quiroz, y amigo entrañable del doctor Escobedo, nos dio una lección magistral sobre los vascos en Arequipa. Desde su puesto de presidente promovió la organización del VII Congreso Internacional de Historia de América, celebrado en junio de 1996, versó sobre

“La Corona de Aragón y el Nuevo Mundo”, el VIII Congreso de 1998, en Tenerife, en torno a “Canarias y América”, recordando el 98 y distintos aspectos relacionados con el comercio ultramarino. No pudo ver el último y reciente de septiembre del 2000, en Badajoz, acerca de “Extremadura y América”. Con la coordinación de los dos congresos internacionales, alentó la organización de dos simposios dedicado a la *Metodología Docente de la Historia de América* (se editaron primorosamente sus actas de 238 páginas en Newbook, Pamplona 1999, tras la bucólica y amistosa celebración en un crucero por el Atlántico) y otro destinado a impulsar a los jóvenes americanistas *Metodología de la investigación* (Medina del Campo, 1999). A él y a su equipo formado por Ana Zaballa y Óscar Álvarez Gila se debe la modernización y creatividad volcada en el “Boletín” de la Asociación.

Participó en los congresos internacionales fundamentales sobre la evangelización americana. Así en el X Simposio Internacional de Teología, Pamplona, 1989 y publicado como “La vida religiosa cotidiana en América durante el siglo XVI” (*Evangelización y Teología en América (Siglo XVI)*. Pamplona 1989, p. 1311-1355). Este mismo asunto fue el hilo conductor seguido en Arequipa donde disertó acerca de “La evangelización del Perú en los siglos XV y XVII” en *La evangelización del Perú: Siglos XVI y XVII (Actas del Primer Congreso peruano de Historia Eclesiástica* (Arequipa 1990, 173-182) que lo dedica a estudiar al “trasplante de las formas instituidas, de los usos y costumbres de la Iglesia europea a la americana” deteniéndose “exclusivamente en el espíritu religioso de los conquistadores, primeros

pobladores y sus sucesores en el Perú". Profundiza y lo enfoca en una perspectiva más amplia en el magno congreso convocado por el Vaticano con su ponencia "Los laicos en la primera evangelización de América" *Historia de la Evangelización de América* (Pontificia Comisión para América Latina, Ciudad del Vaticano, 1992, p. 11-122).

Tuve la suerte de saludarle en Arequipa, en 1997, con ocasión de presentar y regalar algunos ejemplares de lo que era toda una primicia en la investigación histórica peruanista, el libro *Las comunidades indígenas y la economía colonial peruana* (Bilbao 1997, 230 p.), editado una semana antes por la Universidad del País Vasco. La obra se articula en cuatro armoniosos capítulos en los que se nos explican los "antecedentes prehispánicos y permanencias coloniales" (1); "la propiedad comunal indígena" (2); "las cajas de comunidad" (3), nervio del libro en el que con sabiduría de maestro nos acerca a esta institución tan nombrada como tan poco conocida, hablándonos de su extensión, del origen de los fondos, la finalidad de las cajas, su administración, la reforma ilustrada de las intendencias; en el último capítulo, "las cajas de censos", estudia cuál fue el origen y destino de estos préstamos, su administración, los fraudes y el control, la reforma del siglo XVIII. Tras sus obras innovadoras acerca del tributo indígena (su tesis doctoral en Lima, 1973) y el control fiscal en el virreinato peruano (tesis doctoral en Navarra que le valió el Premio Internacional de Historia del Derecho Indiano en 1987), se centra exclusivamente en "el aporte corporativo de estas unidades administrativas, las comunidades o repartimientos, formadas sobre la base de la antigua estructuración socio-económica incaica" (p. 14).

La razón de su estancia en la Ciudad Blanca fue la dirección de un curso de postgrado en la Universidad de Piura y su rol de asesor científico de la OEI (Oficina de Educación Iberoamericana) para implantar manuales y currícula de Historia competentes en Iberoamérica. De hecho, en la entrevista mantenida para TV-UNAS, en el Centro Cultural "Chaves de la Rosa", informó de su "cruzada americanista", con el deseo de que los jóvenes conozcan su auténtica identidad histórica, sin reducirla al estrecho marco provinciano o nacionalista, sino ampliando sus fronteras a la Gran América soñada por Bolívar o San Martín, con cuyos países tiene tantos puntos en

común; una historia conjunta, por tanto, andina. Recuerdo con singular gratitud esta visita a su patria de origen y mía de adopción, en la que pude percibir la emoción de la vuelta al hogar de un arequipeño que amaba su tierra con pasión; además de conversar con sus primos y amigos, se dio tiempo para hacerse presente en algunos archivos y mantener un encuentro con profesores y alumnos de la Escuela de Historia de la UNSA a los cuales brindó sus últimas investigaciones sin olvidar el estímulo por el estudio de las Humanidades, particularmente la Historia, ciencia –son sus palabras– “que sirve para que el hombre dé razón de sí mismo”.

Arequipa, Perú, y particularmente la PUCP, puede estar orgullosa de la trayectoria de este brillante historiador que en la plenitud de los 55 años, asediado por cruel cáncer, supo sonreír a la vida con esperanza. La muerte le pilló cuando trabajaba ilusionado con la tesis doctoral de uno de sus más jóvenes discípulos. Justo en el 2000, el año jubilar. Le recuerdo particularmente contando chistes en el ómnibus, en el Congreso americanista de Vitoria en el que elevó muy alto el listón académico y humano de los congresos de la Asociación Española de Americanistas. Terminó con una sencilla nota, expresión de su honda vivencia cristiana, y que pronunció en el Congreso de Historia de Arequipa, en 1990: “Tan acendrada como la devoción a María –el amor a la Madre conduce necesariamente al del Hijo– estuvo enraizada en todos los pueblos peruanos la devoción a la Eucaristía”. De la abundancia del corazón habla la pluma. Distinguido maestro, paisano y amigo, gracias por tu ejemplo: descansa en paz.

## *Francesco Interdonato S.J.*

*Ernesto Rojas Ingunza, Pbro.*

A fines del verano de 1988 me disponía a comenzar los estudios de teología, y mi entusiasmo por una nueva etapa de mi vida contrastaba con lo sombrío de la situación nacional. Entre los profesores de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima descollaba sin duda el padre Francisco Interdonato.

Lo había conocido años antes en la Facultad de Derecho de la PUCP, sacando adelante ese curso peculiar denominado *Teología y Derecho*, con el que procuraba iniciar a los alumnos en una perspectiva de lo jurídico no solo ética sino cristiana.

El Perú parecía quebrarse bajo las tensiones de su más grande crisis contemporánea –cuya dimensión moral ya comenzaba a entretenerse– y, por entonces, este profesor universitario no hacía más que seguir enseñando, aportando, empeñado en construir un mañana mejor desde las mentes y los corazones de futuros abogados y sacerdotes. Hasta su último día como profesor, no cejó en su entrega por un país y una Iglesia mejores.

Murió en Lima, víctima del cáncer, el 4 de julio de 1991. No llegó a ver el ocaso de Sendero ni el horror de los “vladivideos”; pero, para la esperanza y la tristeza, dejó a sus alumnos un testimonio y un magisterio que superan, con mucho, la notable calidad de sus clases y escritos.

Francisco Interdonato había nacido en Sicilia (1 de diciembre de 1924) y llegó muy pequeño al Callao, como uno más en aquella hora de inmigración europea. En esta tierra respondió al llamado de Dios e ingresó a la Compañía de Jesús en 1948. Estudió en Ecuador y Méjico, y se ordenó sacerdote en 1961. Aunque no frecuentó los grandes centros del saber eclesiástico, la solidez y potencia de su conocimiento hablan a las claras de la calidad de aquella formación recibida, con lo mejor de la teología que pre-

paró e hizo el Concilio Vaticano II.

De la teología del siglo XX, Interdonato recogió siempre lo mejor entre los más grandes teólogos de nuestro tiempo, profesó especial aprecio por Karl Rahner. Apasionado por una teología renovada y en renovación, nuestro personaje rehuyó la cómoda amistad con las novedades.

Como profesor de teología dogmática no recurrió al fácil expediente de la repetición de autoridades y autores en boga. Los alumnos podíamos notar que no estábamos ante un profesor amigo de decir sin más lo que otros ya habían dicho. La vitalidad de su mente y su carácter –y su amor por el conocimiento– lo llevaron a ser un verdadero maestro.

Afrontó con humildad –no era presuntuoso– los escollos de la especulación, del quehacer teológico propiamente dicho. Con emoción y pasión, también con humildad y honradez intelectual, trabajó y enseñó en diálogo con la modernidad. Afrontó problemas y preguntas nuevas; y participó, cómo no, en comprometedores debates teológicos.

En efecto, no buscó caer simpático, no sabía de *marketing* personal ni le preocupaba su imagen: no hizo “teología fashion”, más bien sería, incluso áspera. Una mirada a su producción bibliográfica permite constatar cómo sin complejos procuró aportar en las graves cuestiones planteadas a la Iglesia del post-concilio: su misión ante el reto de la pobreza y la injusticia en el mundo, la aparición del marxismo y la acción política como formas eficaces de respuesta a los problemas del hombre contemporáneo, y la difusión del ateísmo entre las elites occidentales descristianizadas.

Participó también en el debate sobre la teología de la liberación varios años antes de que la *Instrucción* de la Santa Sede lo suscitara con mayor fuerza al interior de las iglesias latinoamericanas. Más allá de lo que se piense sobre su posición, es indudable que la sostuvo en un ambiente entonces mayormente contrario a sus argumentos, con una entereza digna de reconocimiento y elogio.

Recuerdo una vez haber oído decir con asombro que "Inter" llegaba a orar con textos de Rahner... pueril sorpresa de jovencitos que aún no habíamos descubierto que los escritos teológicos podían hacer de potentes vehículos para llevar un corazón amoroso a las puertas mismas de Dios.

En efecto, ahora podemos comprender cómo el vibrante espíritu de Francesco podía conjugar en una sola experiencia teología y oración. Y valorar cómo su honradez intelectual, su pasión por el conocimiento y el estudio –solía hablar de verdadera "fruición intelectual"– lo situaban en las coordenadas necesarias para vivir de la teología.

Haciendo memoria de él, pienso que en este sentido Interdonato emparentaba con hombres como pudieron ser San Agustín o San Buenaventura. Como es obvio, no me refiero a su santidad, aunque es indudable que alguna tenía. Y esto es importante en todo cristiano y sacerdote.

Este jesuita vital e imponente, amante del deporte y la naturaleza, que gozaba cuanto podía de la vecindad del mar en el venerable convento de Fátima (Miraflores), podía ser intimidante. En alguna ocasión pude llevarlo conmigo en el carro, y es cierto que no era fácil sintonizar con él siendo precisamente su alumno. Era exigente y su rigor no admitía imprecisiones ni errores en el diálogo sobre algún tema académico. En clase podía de pronto sorprender al auditorio con alguna explosión de carácter, que casi inmediatamente moderaba y dejaba entrever incluso una oculta ternura. De ese modo develaba que su exigencia con los alumnos, de derecho o de teología, brotaba de un manantial siempre vivo: su amor a la teología y a la Iglesia, su amor al país y el futuro que veía en nuestras jóvenes manos.

En una ocasión que seguro no fue la única –y que puedo referir porque estuve allí–, su generosidad para enseñar y acompañar los a veces débiles intentos de los alumnos por aprender y formarse mejor lo llevaron a dedicar tiempo a un grupo que se reunió algunas veces en una casa de la avenida Benavides para conocer mejor a Maritain. Algunos hoy abogados, este sacerdote, y un ahora

hombre de empresa lo podemos recordar.

Para con los alumnos de derecho de la Universidad Católica, Interdonato tenía una predilección no solo venida de los años de docencia, sino, más profundamente, de la afinidad que veía entre la teología y el derecho, y que lo llevó a preparar y sostener por tantos años esta cátedra. Desde las viejas aulas de nuestra Facultad de Derecho, su magisterio, sus materiales de curso y publicaciones nos recuerdan aún hoy el vigor de un pensamiento cristiano siempre llamado a impactar en la sociedad y mejorarla.

El ocaso de su vida fue rápido y prematuro. Como suele suceder, los alumnos nos fuimos enterando tarde. En mi caso así fue. El padre Interdonato dejó de ir a la Facultad de Teología y falleció después en la enfermería de Fátima el 4 de julio de 1991, a los 66 años, y yace en el cementerio jesuita de Huachipa.

Un mes antes de su muerte, se despidió de sus alumnos con una carta que circuló entre todos. La sentí como dirigida a mí, sobre todo porque terminé mis estudios teológicos el año en que murió. A la distancia, lo que más impresiona de sus letras constituye una maciza profesión de fe en la vida eterna y en la importancia de lo que –se ve con claridad– guió su caminar como hombre, intelectual y sacerdote... el empeño en llevar a cumplimiento su destino, lo que Dios quiso que llegase a ser en el tiempo, y lo que será en la eternidad:

*... la decisión existencial que uno toma frente a Dios abarca el pasado, el presente y el futuro, tiene carácter definitivo e irrevocable. Uno no puede prever el curso de la enfermedad, pero nada debe alterar la actitud delante de Dios y de la Iglesia. Lo que soy ahora, como creyente, como sacerdote e hijo de la Iglesia, es lo definitivo y único que puede caracterizarme, suceda lo que suceda, por el curso de la enfermedad y de su poder destructor.*

Quizá esta es su mayor lección. Ojalá las líneas que componen esta semblanza, den cierta razón de ella.



## *La generosidad en acción*

Erika Goya Gasha

Agradezco la invitación del Archivo de la Universidad Católica para escribir esta semblanza sobre Teresa “Techi” Jinés Manyari, aunque sé que Techi, por la modestia que la caracteriza, posiblemente se molestará un poco conmigo. Pero asumo con total simpatía esa probable reacción de su parte, si con ello se le rinde este pequeño pero merecido homenaje.

Conocí a Techi en 1995, cuando ambas éramos alumnas del curso *Introducción a la Bibliotecología*, dictado por Aurora de la Vega. Ninguna de las dos pertenecía a dicha especialidad: Techi era docente en educación secundaria y se había matriculado en el Diploma de Estudios en Bibliotecología, en su calidad de responsable del Centro de Recursos y Servicios de Información del CISE, de la Facultad de Educación; yo era una estudiante de primer año de la especialidad de Historia que siempre había tenido curiosidad por descubrir en qué consistía la carrera dedicada a los libros. Nuestra común preocupación por no salir mal en este curso propició que formáramos un grupo de estudio que, además de ayudarnos a aprobar, inició la amistad que da lugar a este escrito.



Mi aventura en Bibliotecología duró solo un semestre, porque tuve que abandonarla para concentrarme totalmente en mis estudios de Historia, que cada vez se volvían más exigentes. A Techi le faltaba todavía un año y medio para terminar el Diploma y, aunque ya no éramos compañeras de aula, yo aprovechaba alguna hora libre entre clases para visitarla en su, en ese entonces, minúscula oficina, ubicada en las

casetas frente a la Facultad de Estudios Generales Letras, donde eran mis clases. A pesar de que estaba muy ocupada todo el tiempo, Techí recibía a sus usuarios y visitas con una cordial sonrisa y una respuesta servicial. De igual manera, Techí ha sido, y es, muy generosa cada vez que ha debido presentar a alguno de sus amigos. Menciono esto porque yo misma he sido favorecida por esta abrumadora gentileza en varias ocasiones, y es por eso que siempre le digo a Techí que ella se ha convertido en “mi mejor publicista”, ya que se esfuerza por destacar ante los demás, los pequeños méritos que he logrado en esta vida.

Además de su calidad humana y su don natural para la amistad, Techí se caracteriza también por su profesionalismo y su vocación por la docencia. Esto se ve reflejado en su permanente compromiso de servicio hacia sus alumnos, amigos y colegas. A pesar de que ella no ejerce la docencia a tiempo completo, cada vez que se involucra en algún asunto relacionado con la enseñanza, lo hace con sincero entusiasmo. Un ejemplo de la inagotable dedicación de Techí hacia su trabajo se hace evidente cada vez que le toca salir de vacaciones, ya que lo hace de manera simbólica, porque en vez de aprovechar esos días para descansar o viajar a su querido Chiclayo –como insistentemente le recomienda con admirable cariño y preocupación su querida tía Paquita Manyari–, su sentido de la responsabilidad hace que busque algún pretexto para venir a la Universidad y seguir trabajando.

La mejor muestra del aprecio y cariño que le profesan los alumnos de la Facultad de Educación ha sido la elección de Techí como madrina de promoción en dos oportunidades: en 1998 y en el 2003. Recuerdo que en ambas ocasiones, dicho reconocimiento emocionó mucho a Techí, y fui testigo de su preocupación por cumplir de la mejor manera el honroso papel que le habían conferido. Sandra Cornejo del Águila, una de sus ahijadas de la promoción 2003, me contó que Techí había sido elegida madrina por unanimidad, porque los alumnos de todas las especialidades de Educación la consideraban como una gran amiga, que les había brindado su afecto y apoyo incondicional.

Una faceta desconocida de Techí es la de escritora de cuentos infantiles. Seguramente esta revelación generará otra reprimenda de su parte, pero vale la pena mencionarlo porque ha demostrado creatividad y destreza para ello. Sé que ya ha escrito un buen número de cuentos, y uno de ellos, acerca del valor de los archivos para la memoria de toda sociedad, fue dedicado a don César Gutiérrez Muñoz, archivero y profesor de nuestra Universidad, como un original obsequio por el Día del Archivero.

Como punto final, sólo me queda expresar mi reconocimiento personal a Techí Jinés, chiclayana de espíritu, por su generosidad y santa paciencia, durante estos diez años de amistad.

## *Mildred Merino de Zela*

*Margarita Guerra Martinière*

No es fácil hablar de una persona que como la doctora Merino reúne en sí múltiples virtudes, algunas de ellas muy especiales como una gracia particular, que por momentos reviste una cierta picardía y una extraordinaria capacidad para captar simpatías.

No recuerdo la fecha exacta de nuestros primeros contactos, pero sí que desde el primer momento hubo una corriente de entendimiento que permitió el desarrollo de una constante amistad, que el tiempo simplemente continuó acentuando. Es probable que sean los muros del Instituto Riva-Agüero los que guarden el secreto de la fecha y que recuerden punto por punto su buen gusto en el vestir y en el arreglo personal. Todas las semanas, invariablemente, en forma religiosa llegaba a las 5 en punto de la tarde, con sabor *lorqueano*, los días martes y los días jueves, para trabajar en sus investigaciones y reunirse con el CENDAF, entidad que agrupa a expertos en el manejo de instrumentos musicales andinos y, en general, expertos en tradiciones y cultura tradicional de las diferentes regiones del país.

Obra escrita no ha dejado mucha y la mayoría está dispersa. Han quedado sin embargo apuntes que no han llegado a ser procesados y que podrían servir de base para futuras investigaciones. Su tema principal fue la trayectoria académica del antropólogo y novelista José María Arguedas y sus estudios y análisis al respecto, posiblemente, los mejores. Estudiosos posteriores han tratado de retomar la investigación, pero, en la mayoría de los casos, desconocen –o no quieren reconocer– la obra que los ha antecedido.



Al cumplir los ochenta años de vida el Seminario de Artes y Tradiciones Populares inició la publicación de una revista: *Wifala*, en homenaje a Mildred Merino y procuró reunir sus artículos en este primer número.

No obstante haber estudiado antropología en la Universidad Mayor de San Marcos, su vinculación académica se dio con más fuerza en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y específicamente con el Instituto Riva-Agüero donde tuve oportunidad de compartir la oficina durante largos años y escuchar su ardorosa defensa del folclore auténtico, frente a las concesiones que se hacían, y se hacen, para complacer al turista, sin el respeto debido a la originalidad de la tradición.

La imagen de Mildred es la de una mujer de aparente fragilidad, de muchos atributos y de una gran fortaleza de espíritu, luchadora y defensora de causas justas, entre las cuales una de las principales es la peruanidad y la difusión de nuestro patrimonio, frente a la agresión de lo que hoy es la globalización entendida como la estandarización de la cultura, de las costumbres, de los valores procedentes de otras latitudes y que desdicen de nuestro ser nacional. No es la lideresa vocinglera que no deja sino una huella pasajera, es la académica consistente y tenaz, que no se da por vencida frente a las dificultades que muchas veces parecen insalvables. Es esta una de las razones por las cuales cala hondo en la memoria de quienes la conocen.

El recuerdo hecho de Mildred Merino no es una cuestión puramente formal, fruto de una amistad entrañable, sino el aprecio de una obra intelectual que debe ser revalorada, ya que la discreción que siempre la ha caracterizado ha hecho que no se le dé la difusión que efectivamente merece, especialmente en sus agudas apreciaciones de lo que llamamos arte popular, el cual no tiene por qué entrar en competencia, ni en contradicción con el llamado arte clásico, porque parten de parámetros diferentes y tienen objetivos que no se contradicen.

El valor de la doctora Merino está tanto en sus escritos, debidamente respaldados con aparato teórico y observaciones fruto de

trabajo de campo, cuanto en su descubrimiento de la vena artística de los artesanos que al igual que ella trabajaban en sus talleres sin grandes alardes de figuración, pero que gracias a sus esfuerzos y a los de sus discípulos como Luis Repetto –continuador de su obra en el Museo de Arte y Tradiciones Populares– se han ido introduciendo en ambientes citadinos y más de uno ha llegado a participar en certámenes nacionales e internacionales.

La vida de Mildred es el ejemplo de cómo no solo el *marketing* es lo que cuenta en nuestra sociedad actual, lo es también el reconocimiento que tarde o temprano se debe rendir al trabajo serio, callado, constante de quienes dedican su vida al servicio de la sociedad y al rescate de los valores nacionales.

Mildred Merino de Zela nació el 7 de octubre de 1922 y falleció el 5 de diciembre de 2005 en Lima.

## *Marcial de la Puente, poeta*

*Manuel Velásquez Rojas*

Estancia primera:

### INICIACIÓN.

Para ser poeta hay que capturar, con secreta dulzura, las palabras vivas de la propia vida, aquellas palabras que vencen los espacios y los tiempos porque jamás se marchitan o mueren. Por esta razón la poesía es plena y plenaria, porque cada palabra vive su propio ritmo de eternidad. Así cada poeta descubre sus vocablos, que los extrae del hondón de su conciencia, para entregarlos a todos los seres humanos. Las palabras son las hostias de la comunión de la belleza. El poeta nace y crece, jamás se hace. El don de la poesía escoge, y siempre la elección es buena cosecha. Digo, porque podemos hacernos profesionales, artesanos o comerciantes en cualquier edad, la vida cotidiana se enriquece con el aporte de los bienes materiales de millones de hombres y mujeres; pero, los poetas, son pocos, y su exclusivo destino es hacernos participar del único bien espiritual que colma nuestros sentimientos: la poesía. Para cumplir su misión los poetas ofrecen, con desgarros de sangre y trozos de luz, sus propias vidas, e inclusive sus únicas muertes. Ahora, yo afirmo; porque tenía todas estas sublimes cualidades, Marcial de la Puente es poeta. Nació a la vida, un 15 de junio de 1906; nació para la poesía un 23 de setiembre de 1921. Cursaba el último año de secundaria en el Colegio de la Merced, y se celebraba el "Día de la Primavera". Allí lo vemos: es un jovencito delgado, de estatura proporcionada, y de rostro largo y sereno. Su frente es ya amplia y con ligerísimas entradas, y su cabello negro sin raya que lo divida va hacia atrás como la melena de un león; su nariz es aguileña y su boca ligeramente carnosa; sus ojos son los que destacan, poseen una luz que va desde la profunda conciencia al universo todo, una luz serena con un algo de sorpresa o melancolía al ver correr los días; sin duda, la voluntad de su personalidad se ha concentrado en su barbilla que es fuerte y puntiaguda. Toda su expresión revela ya al poeta. Lo saben sus

condiscípulos y sus maestros. En nuestro país, en las dos primeras décadas del siglo XX se celebraba el retorno de la estación florida, con gran algarabía por parte de los estudiantes universitarios y secundarios. Habían discursos y poesías. Así me lo ha contado Luis Varela y Orbegoso, que por timidez o elegancia firmaba sus crónicas con el seudónimo de "Clovis". Ingreseemos nuevamente al Colegio de la Merced. Allí en el patio central de este colonial convento de la Patrona de las Armas Peruanas, está formada en filas una juventud que, al igual que la primavera, florece. Se ha invitado al Poeta de la Juventud, don José Gálvez, quien aun no luce su rostro barbado pero sí ostenta un rotundo bigote que certifica ya su madurez. Sí, don José Gálvez fue el autor del "Himno de los estudiantes americanos", que se cantaba con alegre entusiasmo por los jóvenes, y cuyo coro decía: "¡Juventud, juventud, torbellino / soplo eterno de eterna ilusión / fulge el sol en el largo camino / que ha nacido la nueva canción!" Luego del ágape de los viejos y nuevos mercedarios, se hizo el silencio, y se anunció que un joven iba a leer sus poemas. Era Marcial de la Puente, quien sereno pero a la vez emocionado, leyó con alegría y pasión sus inflamados versos de juventud. Los aplausos resonaron hasta en los claustros conventuales. Había nacido un poeta. Don José Gálvez se emocionó, se paró y caminó hacia el joven poeta. Lo abrazó y le dijo con firme voz para que escucharan todos: "Eres poeta, y te pido que conserves tu alma, siempre, para la poesía; y tu vida colócala siempre al servicio de la Patria". Marcial de la Puente, sólo atinó a decir: "Gracias, maestro". Había nacido a la luz pública, el poeta Marcial de la Puente.

Estancia segunda:  
DÍAS DE LUCHA.

Fatalmente, la década que va de 1929 a 1939, por los continuados sucesos trágicos que acaecieron en nuestro país, habría que llamarla la "Década de la Barbarie". Esta década la vivió y sufrió el poeta Marcial de la Puente, pero antes ya había cosechado sus primeros triunfos. Siendo alumno de secundaria obtuvo el primer premio, en el concurso promovido por la "Asociación Guadalupeana", por su poema "El genio de la raza". Marcial de la Puen-



te se presentó bajo el seudónimo de Juan de Brizna, y su composición se titulaba "La espera", que a juicio del jurado presentaba resonancias profundas, y claras metáforas alumbran con chispazos bruscos este poema". Y en 1928, con motivo del concurso para el "Himno de la Escuela Civil y Policía del Perú", conquistó el Primer premio, y por lo tanto Marcial de la Puente es el autor de la letra de dicha prestigiosa institución. La primera vez que se cantó el "Himno" fue el 30 de agosto de 1928, en una solemne



ceremonia especial. Asistió el Presidente de la República, Augusto B. Leguía, quien pasó revista en el Hipódromo de Santa Beatriz a 2000 hombres de los cuerpos de la Guardia Civil y Policía, ante una concurrencia de diez mil personas. Marcial de la Puente, en el estrado de honor, se emocionó muchísimo al escuchar las vibrantes notas de su himno: "Policías, en himno de gloria / ensalcemos la noble misión, / orgullosos de ser lo que somos / los soldados de la abnegación". Marcial de la Puente no sólo es un gran poeta lírico, sino un comprometido poeta cívico. Y el cuerpo policial hasta ahora repite con orgullo sus versos: "El honor ha de ser la di-

visa / que ennoblezca en la lid nuestra fe / y que alegre el cuartel la sonrisa / con que vamos en pos del laurel".

Hemos afirmado que, fatalmente, la década de 1929 hasta 1939, debe llamarse la "Década de la Barbarie". El crack económico del 29 originó descalabros bancarios, ruina financiera, desempleos en masa, y conflictos sociales que, muchas veces, tiñeron de sangre el suelo de la república. Marcial de la Puente vivió y sufrió esta terrible época, como estudiante universitario, periodista, abogado, profesor de su Alma Mater (la Universidad Católica), y

dirigente, sereno pero a la vez combativo, por la restauración de los derechos ciudadanos y la implantación plena de la democracia. Acompañó al doctor Luis Antonio Eguiguren, líder del Partido Social Demócrata, en las luchas políticas del 36, siendo electo Diputado por Lima. No pudo trabajar como legislador, porque la dictadura, en acción arbitraria y antidemocrática, anuló las elecciones y se quedó tres años más. Me he referido a estos acontecimientos circunstanciales, porque los considero importantes para aprehender en pleno sentido del quehacer literario de Marcial de la Puente. Considero que, en esta aciaga época, el ya laureado poeta Marcial de la Puente, tuvo dos bruñidos escudos que lo ayudaron a vivir, a pesar de las sucesivas e inexorables tragedias sociales. Estos dos escudos son: Cervantes y Cristo. El primero era el noble símbolo de la lengua que se había difundido por toda América. Una lengua para hablar y escribir, su presencia diaria no sólo era el sonido y el sentido de las palabras coloquiales para mitigar el dolor social en el hogar y el círculo de amigos; sino fundamentalmente aquellas palabras que le nacían y desgarraban su corazón para transformarse en poesías. Igualmente, Marcial de la Puente se refugiaba en la fe de Cristo para perdonar a los que no saben lo que hacen y para tener fe en el futuro que siempre debe ser mejor que nuestro presente. Esta fe se puso de manifiesto públicamente en el "Congreso Eucarístico", realizado en 1935, donde leyó su hermoso poema titulado "La apoteosis de la Eucaristía", y donde dice: "Una ciudad, había rumorosa y ligera / y alegre como el vuelo de una ave en primavera. // Y era una cruz abierta bajo el cielo infinito / y era una plaza, en torno, redonda como un grito. // ¡Oh Cristo Rey! Te aclama todo un pueblo que sabe, / que eres nube en el cielo, y eres canto en el ave, / impulsos en las olas del mar desconocido, / voz potente en el trueno, luz del rayo encendido; // Alma triste en el árbol que medita y que espera, / agua y fuego que abrasa y risa en la pradera... // Todos te aman y ruegan para sus amarguras / que haya paz en la tierra y gloria en las alturas..." Casi casi podría decirse que esta bella poesía fue la oración pública para que terminara esa época dramática y sangrienta.

Estancia final:  
PAZ Y GLORIA.

El 15 de junio de 1940, después de algunas semanas del horrible sismo que tuvo como epicentro el Callao, fallece Marcial de la Puente. La poesía perdía a uno de sus representantes más importantes, y el país perdía a un ciudadano ejemplar. El sismo del 40 azotó el puerto del Callao y nuestra capital, Lima, los muertos y heridos ascendieron a miles, y la destrucción de las casas y edificios fue realmente una tragedia nacional. Con esta atmósfera aplastante y asfixiante, igualmente el óbito de Marcial de la Puente provocó consternación, y dolor, en todas las esferas de la república, y la cultura se puso de luto por muy largo tiempo.

En 1970, se publica una primera recolección de los poemas de Marcial de la Puente, bajo el título de Tierra adentro. La fundamentación de la edición es breve y revela un profundo amor filial, dice: "Publico Tierra adentro en homenaje al dilecto espíritu de mi padre, en el XXX aniversario de su muerte, y a mi madre, quien supo inspirarle ejemplar amor", y firma la hija de ambos; Doris de la Puente de Teodori. Un verdadero racimo de poemas es Tierra adentro, poemas jugosos, sabrosos y hermosos. Conocido es que nuestra relación con la naturaleza, desde los orígenes de nuestra identidad cultural, es una relación de armonía y de amor. Por ello, Marcial de la Puente en su poema "Innovación", pregunta con ansia cuándo se va a realizar esa unión con los elementos naturales, así dice: "¿Luz, por qué no me llevas? / ¿Viento, por qué no me arrastras? / ¿Agua, por qué no me mojas? / ¿Tierra, por qué no me llamas?" La naturaleza es bella, pero solo se atiene a sus propios cauces; en cambio la historia es movimiento, un proceso que no cesa, un dolor que se lleva y una esperanza que se busca. Marcial de la Puente, lo afirma en el poema "Alma nueva" así: "Yo soy más fuerte que el dolor humano, / por todos los que piensan sin sentido / seré la curva de la espera eterna". Y en su poema "Ser o no ser", plantea quizá el retrato de su época dramática: "Siento un eco profundo de cosas dolorosas / que me siguen de cerca, por mi bien o mi mal; / yo quisiera el descanso de una paz venturosa, / o sentarme a la mesa de una cena pascual". En otra

línea de creación, los poemas de amor a su esposa son diáfanos, claros y nobles, en suma alegres. Es un amor sin fronteras, correspondido a plenitud. Un amor que puebla de ensueños la vida, como los pájaros cantan, o como las olas del mar que se desvanecen en la playa en un beso y un suspiro. El poeta sabe apreciar y descubrir la relación del hombre con las cosas, en varios otros poemas. Veamos, en "La mesa abandonada", dice: "En esta mesa / escribió mi alma / la canción de las horas, / con la promesa alegre / de todas las mañanas. // Áspera, tosca y dura, / sobre su piel de cedro, / ella ha sentido palpitar mis versos / y los manchones de mi tinta negra". Y finalmente el poeta nos habla del misterio y su deseo de paz, en el texto poético "La última nota", cuando dice: "Y ya no he de ser más, porque habré muerto, / cuando las rosas tibias me reclamen, / el canto de las aves me recuerden, / y esta pena tan dulce se me acabe". Sí, poeta Marcial de la Puente, tu descanso es de paz noble y generosa, porque los poetas te recuerdan esta noche, y tu pena tan dulce se ha convertido en la gloria que alimenta, día a día, tu poesía.

## *¡Sigues en la brega, Viole!*

*María Luisa Velaochaga de Voltaire*

Conozco a Violeta Sara-Lafosse Valderrama desde 1969, cuando ella y su familia: Máximo Vega-Centeno, su esposo, y en ese entonces, sus dos pequeños hijos, Pablito y Rafael, regresaban de la Universidad de Lovaina en Bélgica donde habían realizado estudios avanzados en sus respectivas especialidades—Sociología y Economía—y se reincorporaban a la PUCP para dedicarse a la docencia e investigación.

Poco tiempo después empezamos a trabajar juntas y fue ahí donde tuve la oportunidad de descubrir la gran calidad humana y académica de Violeta, mujer inteligente, equilibrada, tierna, tenaz y de una gran humildad.

Si algo me ha animado hoy a escribir estas líneas es el deseo de compartir la alegría de ser amiga de alguien tan especial y que, aún después de haberse jubilado, sigue trabajando en lo que siempre ha sido su pasión: la familia y, dentro de ella, la mujer como persona con derechos y eje fundamental de la misma.

Tengo muchos y muy buenos recuerdos del tiempo en el que trabajamos juntas; podría mencionar alguno a modo de ejemplo de lo que fue para mí ir descubriendo las calidades de esta gran amiga y profesora, pues siempre aprendí algo a su lado. Había terminado con toda la parte de encuestas y codificación de una investigación sobre costureras y Viole estaba redactando el informe definitivo que luego yo iría copiando para su presentación final. Estábamos en eso, cuando un día descubrí que no tenía el material en limpio



que ya yo había ido trabajando para su presentación, por suerte tuve el cuidado de guardar los originales en otro lugar y podía volver a copiar todo nuevamente, pero eso suponía un retraso y Viole es muy rigurosa en el cumplimiento de los plazos en los que se compromete, así que decidí hablar con ella luego de dos noches de insomnio por la preocupación que tenía de quedar como una irresponsable. Creo necesario agregar que era la primera vez, y gracias a Dios la única, que esto me sucedía, pero aun así decidí hablar con ella y explicarle que posiblemente había perdido el documento en el tránsito entre mi casa y la PUCP, pues en algunas ocasiones me llevaba el trabajo a casa para darle una última revisada a fin de estar segura de que todo estaba sin errores. Grande fue mi sorpresa cuando, después de explicarle a Viole lo sucedido y decirle que yo estaba dispuesta a copiar nuevamente el trabajo, ella calmadamente me dijo: "Marisita busca bien, estoy segura que ahí lo tienes y no se te ha perdido". Ya tranquila y tremendamente impresionada por su reacción, empecé a buscar y efectivamente encontré el trabajo que pude terminar para entregar en el plazo establecido.

Viole siempre me hizo sentir parte del equipo de trabajo, aunque mi labor era expresamente la de tipear las encuestas, instrucciones para la realización de las mismas, los informes o los borradores que irían luego a la imprenta para la publicación de algún libro en los que siempre incluyó mi nombre.

He podido comprobar cómo su dedicación a la Sociología y, dentro de ella, al tema de la familia, guardaba correspondencia con su preocupación por realizar trabajos de promoción de la familia y de la mujer, lo que la hizo participar en grupos de reflexión que resultaron pioneros en esos campos y por lo que casi recientemente ha sido reconocida por la ONG Flora Tristán.

Fue animadora durante varios años de las reuniones de formación familiar para parejas realizadas en el Centro Óscar Romero de Carabayllo.

Formó parte como asociada de la AMIDEP, Asociación Multidisciplinaria de Estudios de Población, participando tanto en cuestiones académicas o de investigación como en tareas concretas de promoción.

Su trabajo en el campo de promoción de la mujer tuvo un momento muy importante durante los cuatro años en los que presidió la Red Nacional de Promoción de la Mujer.

Pero su tarea todavía continúa con el entusiasmo que siempre le ha puesto.

## *A la Memoria de Leopoldo Vidal Martínez*

*Alfredo Vignolo Maldonado*

En julio del 2005 se cumplió un año de la ausencia física de Leopoldo Vidal Martínez, escritor y maestro universitario por varias décadas, figura ilustre del foro nacional, profesor y miembro conspicuo del Consejo de nuestra Escuela de Periodismo, la antigua, la decana del país. Distanciado de los predios culturales debido a una larga enfermedad, ha dejado felizmente su generosa impronta.

De las canteras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, obtuvo en ella el título de abogado y los grados de doctor en Letras (especialidad de Lengua y Literatura) y en Educación. Parte de su función docente la desempeñó como Decano de la Facultad de Letras de la Universidad San Luis Gonzaga de Ica. En Lima, varias veces ejerció la dirección interina de la Escuela de Periodismo que fundara Matilde Pérez Palacio Carranza en marzo de 1945, en nuestra Universidad. En esta misma Escuela fue Secretario General y docente en su especialidad: literatura.

Desde joven se dedicó a las letras, cultivando una brillante inspiración poética y habilidad para la narrativa y la investigación en el amplio campo de la literatura peruana y latinoamericana. En 1943 ganó el Premio Nacional de Fomento a la Cultura y la Municipalidad de Lima le otorgó la Medalla de Oro por su aporte en este ramo y en la educación. Entre su producción bibliográfica figuran *Poesía de los Incas* (1947) y reveladores ensayos sobre José de la Riva-Agüero y la obra de José Carlos Mariátegui, a quienes consideró figuras paradigmáticas. Igualmente, artículos periodísticos en el *Mercurio Peruano*, en diarios y revistas.

En su libro *José de la Riva Agüero y Osma y José Carlos Mariátegui* (1997) ofrece una rica introducción periodística respecto a razones y antecedentes sobre la obra, y entre otros personajes se refiere –cómo iba a faltar– a su querido amigo y discípulo desde el colegio marista “San Luis” de Barranco y después en la Uni-



versidad Católica, Aníbal Ismodes Cairo, a quien trata más como filósofo que como sociólogo; y en la vida diaria amical, como hermano. La base de este trabajo es la magnífica clase que ofreció Leopoldo al conmemorarse el cincuentenario de la fundación de la Escuela de Periodismo. Entonces dijo: *¿Riva Agüero periodista? Quizá. ¿Mariátegui periodista? ¡Ni dudarlo!* Ocuparía espacio –más del debido para este homenaje– tratar sobre su libro. Mejor leamos algunas líneas de las que escribió al respecto Aníbal Ismodes, también gran amigo y maestro.

*El doctor Leopoldo Vidal Martínez, el autor de la **Poesía de los Incas**, considerado un libro básico e inaugural en el estudio de las manifestaciones literarias prehispánicas, ha muerto a finales del mes de julio del año que vivimos (2004). En la última etapa de sus investigaciones descubrió algunos paralelismos ideológicos entre dos personajes de nuestra intelectualidad correspondiente al siglo pasado: José de la Riva Agüero y José Carlos Mariátegui. Su tesis no ha sido muy difundida y, lo que es frecuente en nuestros medios, muchos académicos la ignoran. Podría ser motivo de algunas polémicas dado lo que representan esos personajes y el mérito correspondería al desaparecido Vidal. No fue un investigador encerrado en su torre de marfil. Vivió las temperaturas políticas de las más duras décadas de la arbitrariedad gubernamental que ensangrentaron el siglo XX en el Perú. Su presencia y actuación fue social de manera eminente. Participaba de un fervor democrático sin admitir la demagogia populachera y tampoco usó de las trapisondas con las cuales compran popularidad esos fugaces relámpagos que deslumbran la opinión de los públicos bobos. Su oratoria no se disparaba por el histrionismo, era la de un ansioso maestro permanente.*

En la parte liminar el autor honestamente declara: *No está demás hacer constar que sólo estudio toda aquella poesía que tiene su síntesis en el incario. Seguramente las culturas anteriores tuvieron expresiones bellas en su lenguaje, su poesía, pero llegar a ellas es asaz difícil, sino imposible y es menester bastante inútil ya que han sido absorbidas, indubitablemente, por los incas que son el mayor trasunto, el más alto resumen cultural de lo que hubo en el Perú anterior a Pizarro. De ahí que lo más interesante en los estudios prehispánicos es el material que proporcionan los hijos de Manco Cápac.*

Por su pertinencia y coincidir nuestros conceptos, le volvemos a ceder la palabra a Aníbal: *Al final de cuentas Vidal Martínez, si bien practicó la*



*defensa como abogado que era, tenía más inclinación por la docencia. Su mismo ejercicio curial lo practicó con el anime docente. Entendió la ley como una forma de disciplina del pensamiento, por lo que criticaba duramente las anfibologías con las que son redactadas las nuestras. Amigo consecuente, enriquecía las reuniones a las cuales asistía con la abundancia de su erudición y su gracia en el relato.*

Por su calidad de maestro e intelectual cabe mencionar su lucida conferencia sobre Andrés Bello, que le valió el reconocimiento del Gobierno venezolano.

Escribió en *La Prensa* y en el semanario

**Libertad.** Sus dotes de maestro lo llevaron a la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle, de La Cantuta, y a la Escuela de Policía. Como catedrático invitado visitó diversas universidades del territorio nacional, en las que dictó conferencias.

A sus cualidades de gran señor, unió virtudes de amigo y persona solidaria. Siempre animó a la juventud con sus enseñanzas, ejemplo y espíritu abierto y entusiasta, por lo que promovió diversos concursos literarios entre sus alumnos de Periodismo y Letras. Su recuerdo será constante y fortalecedor entre quienes lo tuvimos como amigo, colega y compañero de trabajo en la antigua Escuela de Periodismo de la Universidad Católica, donde Leopoldo dejó honda y fructífera huella.

### ***Entre el aula y "La Jaulita"***

Las clases de Leopoldo eran tan didácticas y amenas que casi nunca terminaban en el aula. Había alumnos que lo acompañaban hasta la Sala de Profesores o dialogaban con él en el patio para hacerle preguntas o inquirir sobre uno u otro autor. Una característica suya fue su prodigiosa memoria; a clase no llevaba apuntes ni libros, salvo

casos excepcionales. Cada exposición la tenía preparada por su saber de maestro y erudito en literatura, lo que enriquecía con su experiencia y gran bagaje cultural. A veces provocaba calentar el cuerpo con un cafecito. Entonces la conversación se prolongaba hasta “La Jaulita”, inolvidable espacio que teníamos pasando al área de deportes. Estábamos en el local que ocupó nuestra Escuela en la calle de la Amargura 956 –jirón Camaná–, a comienzos de la época del 50. En ese inmueble funciona desde hace algunos años el Centro de Idiomas.

“La Jaulita” tenía como alegoría una jaulita blanca colgada del techo, inspiradora de frases poéticas de algunos y, en otros, cargadas de humor... ¡Cuántos recuerdos quedaron allí! Y cuántas importantes decisiones se tomaron, en todo nivel, entre sorbo y sorbo de la aromática bebida caliente. Tan grato lugar fue casi siempre punto de encuentro de profesores; generalmente de noche, cuando terminábamos las clases. Hicimos de ese pequeño ámbito una especie de “anexo” del “choclón”, como llamaba nuestra querida e inolvidable Matilde a la oficina de la Dirección y la Secretaría de la Escuela, que dirigió hasta su nunca explicado cierre en 1972, después de “una muerte anunciada”... Matilde Pérez Palacio Carranza le sobrevivió veinte años; ganó la eternidad el 16 de agosto de 1992.

En “La Jaulita” con Leopoldo Vidal hacíamos memoria, entre otros, de Martín Adán, ese hombre que deambulaba envuelto en su largo abrigo negro, de paño, como escapado de la “Casa de Cartón”, de cuyo frescor vanguardista Leopoldo citaba este pensamiento: *En esta tarde, el mundo es una papa en un costal. El costal es un cielo blanco, polvoroso, pequeño, como los costalillos que se utilizan para guardar harina...* Se unía a nuestro grupo Rubén Lingán –con quien competíamos en el uso de las corbatas más escogidas–; ambos tomábamos la prueba de redacción y ortografía a los postulantes al ingreso a la Escuela de Periodismo. A veces caía Moisés Arroyo Huaniría, gran amigo y profesor; siempre estaba “de pasadita”, por lo que Leopoldo le hacía bromas. Tomaba una gaseosa al paso y “chau...”. O Evaristo San Cristóval, sonriente, de quien nunca supimos por qué le adosaban la frase “el sauce que murió de amor...”

En este homenaje sentido y postrero a Leopoldo Vidal Martínez, a su memoria perenne en quienes le conocimos y tratamos, hay que resaltar en lo que era reconocido adalid. Para todos tuvo la palabra afectuosa, el gesto de amigo franco, el consejo del hombre cabal y lúcido. Modesto a pesar de sus conocimientos, al profesor Antenor Escudero Villar, de las viejas cepas del diario *La Crónica*, le preguntaba referencias y otros datos para cotejar con los propios sobre la historia del periodismo peruano. Querendón, palomilla como muchacho, a José Bravo Laines –compañero y amigo prematuramente fallecido en Madrid y de quien nos ocuparemos en otra oportunidad– le decía con afecto “Bravito”; a nosotros nos llamaba a veces “Vignolito” y a Matilde, sin mella de su respeto, le puso una chapa que ella festejaba pero que nosotros queremos guardar en reserva. Sólo diremos que estaba ligada a su acendrada religiosidad.

### *Leopoldo y la alegre calle de La Amargura...*

Este trozo del “Damero de Pizarro” ha sido en los tiempos de la Escuela de Periodismo un alegre y agitado colmenar. No hubo mejor sitio para nuestra Escuela de Periodismo: dos imprentas – “Editora Peruana”, donde se imprimía “Cuartillas”, un periódico de práctica de los alumnos, y “La Cotería”, más a la esquina, hacia la memorable Plaza Francia–. También “El Cóndor”, antiguo taller gráfico y de fotograbados donde mandábamos hacer los clásicos “clisés” (hoy recuerdo de la prehistoria... con los avances tecnológicos de la computadora y el scanner entre otros); la desaparecida librería “Studium” que regentaba Andrés Carbone, junto a la Escuela; después se trasladó al moderno local de aquella época en la esquina de la Plaza Francia y la calle Acisclo Villarán; y otras librerías como “La Hora del Hombre”, de Jorge Falcón –quien una vez invitó a un grupo de periodistas a compartir una butifarra y una copa de pisco–. ¡Claro! Allí estuvimos. En dos o tres más librerías éramos lectores y clientes “al crédito”. Entre Quilca con Serrano –en el mismo jirón Camaná– había una botica donde aliviábamos los dolores de cabeza; al frente, el antiguo bar “Queirolo” donde apagábamos de vez en cuando alguna sed abrasadora. Y en la tienda fronteriza estaba la antigua panadería “Solari,” de las fugazas exquisitas.

En todo este ambiente transitaba Leopoldo, el caballero, el señor, el maestro, el periodista a quien todos saludaban con afecto. Colegas de semanarios como "La Noche", cuyo director Ezequiel Balarezo balanceaba su corpulencia mientras llevaba una prueba de galera en la mano y un lápiz-tinta morado en la oreja... O el "gordo" Guillermo Calderón, director de "Combate", competidor del tiempo porque siempre salía de la imprenta apurando el paso. En la misma calle, en la imprenta de los Méndez-Montoya, el cáustico Federico More le dictaba al linotipista los editoriales furibundos para su terrible "Cascabel". Y el "negro" Genaro Carnero Checa, director-fundador de la revista política semanal que tenía como "cabezal" (título) el año en que salía -1948 por ejemplo- inundaba con su voz el entorno. Así era el incomparable tráfigo en La Amargura, donde Leopoldo detenía su andar para recibir ora el saludo, ora la pregunta o responder inquietudes de colegas de la prensa limeña.

### *De vuelta al barrio*

La Plaza Francia parece haber sido el sino de nuestra querida Escuela de Periodismo; o más propiamente la intuición del Padre Jorge, venerable Rector fundador de la Universidad Católica, decidido auspiciador de la obra de Matilde. En ese lugar, hoy estropeado, nació y murió la EPUC. Ya no hay el bullicio de antaño, las voces juveniles, ni cantares de alumnos a la luz de la luna; no se ven figuras de entonces. Todo ha cambiado; hay triste soledad galopando sobre las ancas del recuerdo y horas idas en relojes ya irreparables que marcaban el tiempo de clases, el momento del cierre en el centenario hospicio Manrique, las misas en la Iglesia de "La Recoleta" o la conversa de tipógrafos y armadores de páginas -como Don Abelito, y el pequeño Zevallitos, "Goebels" - y otros asiduos en el "segundo patio" de la chingana de la esquina. Ahora hay gentes escurridizas buscando lo ajeno. No hay jardines floridos, todo es un espacio para el escape raudo... pero allí estaremos siempre, asidos de lo que fue, viendo en el bronce al Padre Jorge, escuchando la palabra franca de Matilde y oyendo a Leopoldo haciendo chacota cuando salíamos de la Escuela...

De la calle Amargura retornamos a esa Plaza, al edificio que se levantó imponente donde estuvo después el último local de la librería

“Studium”. En la entrada –parte antigua– funcionaban la Dirección, la Secretaría, la Sala de Profesores y la Biblioteca; y al fondo, aulas de clases. En la parte nueva –tres pisos– estaban los salones de trabajo docente para las últimas promociones. La suerte estaba echada. Y aquí refulge otra vez la personalidad, la hidalguía, la lealtad innata de Leopoldo Vidal Martínez. Integró las Comisiones que formamos para defender la vida y obra de la Escuela de Periodismo; aportó reconocida inteligencia, su gran capacidad profesional y necesarias dosis de medida. Lo demás, es historia sabida...

## Índice

<b>Presentación,</b> por Elena Valdiviezo Gaínza, decana de la Facultad de Educación	3
<b><i>Luis Barandiarán Arenas (1905-1988),</i></b> por Yolanda Osterling H.	7
<b><i>Enrique Carrión Ordóñez (1934),</i></b> por Rosa Carrasco Ligarda	10
<b><i>Pool Cuadros Gonzales (1979-2003),</i></b> por María Dolores Velasco Carrionero	15
<b><i>Ricardo Durand Flórez (1924-2004),</i></b> por Oswaldo Gavidia Cannon	19
<b><i>Ronald Escobedo Mansilla (1945-2000),</i></b> por José Antonio Benito Rodríguez	25
<b><i>Francesco Interdonato S.J. (1924-1991),</i></b> por Ernesto Rojas Ingunza, Pbro.	29
<b><i>Teresa Jinés Manyari (1958),</i></b> por Erika Goya Gasha	33
<b><i>Mildred Merino de Zela (1922-2005),</i></b> por Margarita Guerra Martinière	36
<b><i>Marcial de la Puente Dianderas (1906-1940),</i></b> por Manuel Velásquez Rojas	39

<b><i>Violeta Sara-Lafosse Valderrama (1927),</i></b> por María Luisa Velaochaga de Voltaire	45
<b><i>Leopoldo Vidal Martínez (1919-2004),</i></b> por Alfredo Vignolo Maldonado	48



# PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

## *Archivo de la Universidad*

*César Gutiérrez Muñoz*  
Archivero de la Universidad

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
*Vanessa Veintemilla Minaya*  
*Pablo Páucar Chumpitaz*  
*Carolina Uceda Castro*  
*Soledad Acosta Mondragón*  
*Cynthia Llanos Ramírez*  
*Luis Sandoval Gómez*  
*Juan Carlos Manrique Díaz*  
Archiveros

*Marita Dextre Vitaliano*  
Administradora

*Javier Mendoza Suyo*  
Conservador

*Erick Ragas Rojas*  
Bibliotecario

*Elizabeth García Vásquez*  
Diagramadora

*Benito Paredes Castro*  
Impresor

Ejemplar N° 002

El número 43 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 18 de enero de 2006, 471° aniversario de la fundación de la ciudad de Lima, sede de la Pontificia Universidad Católica del Perú. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.